

Cada vez hace más difícil el tránsito en nuestra capital

149

Una rémora que impide la circulación. Una sugerencia sin costo alguno para nadie

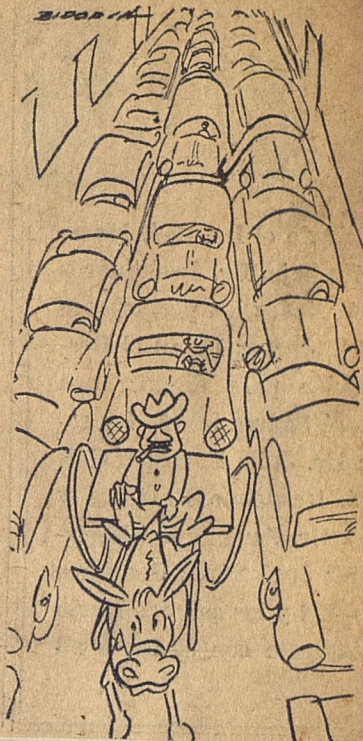
FATAL RÉTROCESO

Estos carros suelen provocar accidentes graves y afean las calles y grandes avenidas

Por **GUILLERMO VILLARRONDA**
(De la Redacción de ALERTA)

La Habana es sin duda una gran ciudad, o va siéndolo a pasos agigantados, pero todavía conserva muestras de sus días primitivos. La tracción animal —entre otros restos del pasado que aún nos quedan— no puede escapar a nuestro juicio. El carretoncillo destartado, tirado por caballos longevos o mulos señolientos, es una rémora, una piedra de tropiezo, un obstáculo, en fin, que hace de nuestra capital una ciudad imposible de soportar.

Cada día el tránsito es más denso. Es lógico que La Habana tenga un tránsito macizo, ancho, desbordado. Sólo admiten gran-



des tránsitos las grandes ciudades. Y la nuestra, no tiene por qué permanecer en los últimos lugares. Sin embargo, si algo acrecienta las dificultades del ir y venir de vehículos, son los malhadados carritos de marras, en los cuales se transportan cacharros, estiércol para abono, desperdicios de comida y otras cosas que no vienen al caso.

DE NOCHE Y DE DÍA

La afluencia de carretoncitos de tracción animal se sucede lo mismo de noche que de día. A veces en la madrugada, con sus faroles de luz-brillante, esos artefactos rodantes se hunden en las carreteras y sólo la pericia de los choferes es capaz de evitar los accidentes que suelen provocar.

En horas del día los referidos carritos campean por su respeto. Hay ocasiones en que se ponen a la cabeza de una fila de autos y producen el tranque forzoso que no solamente desespera a los que desean llegar bien y a tiempo para desarrollar sus actividades sino que también colocan una pincelada arcaica, antiestética y antihigiénica en calles principales y avenidas importantes.

PERMANENCIA DE LO ANACRÓNICO

Los tiempos cambian y con ellos sus expresiones. Es increíble que una capital que quiere superarse, que desea romper con su pasado, que trata de imitar a Miami y New York, todavía permita « el lento cabecear » de esos animales que ya no pueden ni con su alma y mucho menos con los carretones que mueven a duras penas.

Se impone una sanción a esta permanencia de lo anacrónico, de lo demodé de lo inelegante, antes de que los críticos que nos visitan digan lo que tengan que decir de nosotros: que tenemos lo mejor, pero también lo peor.

Hay que jubilar al carretoncillo, al carretonero y al caballo o el mulo (o la yegua). La época es de gasolina, de petróleo y de aceite. A nadie se le ocurriría viajar en globo después de haber pasado un siglo de la desaparición de Matías Pérez; como sería ridículo rodar habitualmente un reo de 1901, a menos que no fuera en carnaval.

Decimos esto sin costo alguno para nadie. Los organismos a quienes corresponde tratar estas cuestiones, pueden hacer lo que más les convenga. El caso es que cada carretoncillo, cada cuadrúpedo pisando huevos en La Habana, es una estampa regresiva, una manera de hacernos volver a la beatitud del taparrabos.